

EL NUEVO MUNDO

En apariencia, el entorno social de nuestros hijos adolescentes nos parece a nosotros, los padres, el mismo que les rodeaba cuando eran más pequeños.

Sin embargo, para ellos la perspectiva es muy diferente. En realidad, en su mundo todo está cambiando, y estos cambios suceden a gran velocidad. Pasada ya la relativa calma de los once o doce años, las turbulencias emocionales los sacuden. Ahora el entorno social se muestra ante ellos con toda su complejidad, reaccionando con **asombro, curiosidad, atracción**, y ¿por qué no?... con miedo e inseguridad.

Nuestro hijo ya no es «un escolar» propiamente dicho. Ahora cursa secundaria. Va al instituto (o a la zona «de mayores» del colegio). **Es «un estudiante»**. Y en ese ambiente va a encontrarse con una variedad casi infinita de personas y personajes, una fauna social a la que se asoma sin tener muy claro dónde ubicarse.

SUGERENCIA

Es importante tener una charla distendida con nuestro hijo sobre el «clima escolar», más allá de las cuestiones académicas. Al mostrar un sano interés por el entorno de sus iguales (más amplio que su círculo de amigos) estamos reforzando los vínculos afectivos y de comunicación con ellos.

Procuremos evitar inicialmente los juicios de valor («me parece muy bien»; «me parece fatal»). Dejemos que sea nuestro hijo quien haga. Es recomendable sondear su opinión con preguntas abiertas, como «y a ti ¿qué te parece?» o «¿tú crees que es interesante (o útil, o bueno) eso que me cuentas?»

La sociedad actúa como «escuela paralela» de la vida, y el mundo de los iguales definitivamente gana la batalla en cuanto a poder de persuasión o como modelo a imitar. Nuestro hijo se despega progresivamente de la familia y explora nuevos entornos de relación. El circuito más influyente es el grupo de amigos íntimos: la pandilla.

LA PANDILLA

Estas micro-sociedades suelen ser espacios sociales cerrados, exclusivistas y a las que «los otros» (iguales o adultos) no tienen acceso.

La pandilla tiene algunos rasgos que la individualizan del resto de los mortales:

- Comparten formas de pensar, opiniones y sentimientos.
- Suelen usar vestimentas similares, gustan de las mismas aficiones.
- Comparten dichas, desdichas, inquietudes y secretos.

En este contexto fluyen **intensas corrientes afectivas** de intimidad, complicidad y empatía que a menudo superan incluso las de la propia familia.

La pandilla es tan importante para nuestros hijos que son su «otra familia», más auténtica, más atractiva y más cálida. Lo que viven en común es lo que de veras apasiona al adolescente. En su seno se ensayan comportamientos y actitudes, y en ella se disuelven la soledad, la angustia y el aburrimiento.

Sin embargo, la pandilla puede resultar un ámbito propicio para **algunos comportamientos de riesgo** (violencia, drogas, etc.). Que nuestros hijos estén en grupo no significa que estén protegidos. Por tanto es imprescindible cierto control. No es preciso «estar encima» ni exigir que nos cuenten al detalle TODO lo que hacen; conocer no es inmiscuirse. Está claro que no podemos ser «depredadores» de la intimidad social de nuestros hijos, pero sí ejercer un control cercano e intermitente. Insistimos:

ADVERTENCIA

Hemos de conocer las compañías de nuestros hijos. No sólo es un derecho; es un deber. Muchos comportamientos —tal vez la mayoría— tienen su origen en el grupo de amigos. La respuesta «¡A ti qué te importa con quien voy!» es inaceptable. **Sí** nos importa. Y mucho.

Sin embargo, hay otros colectivos sociales relevantes para nuestros hijos:

LOS COMPAÑEROS

Los compañeros (de colegio o instituto, de actividades extraescolares, de aficiones o deportes) no tienen por qué ser amigos. Su nexa es la actividad común que desarrollan (estudio, clase de inglés, hip-hop o dibujo, entre otras muchas posibilidades). Nuestros

adolescentes pueden pasar toda una tarde con un compañero haciendo un trabajo, para luego marcharse con sus amigos, que son con quienes de veras se sienten a gusto.

LOS IGUALES

En el argot adolescente «la gente», «los colegas», «la peña». Se trata de grupos notablemente más amplios y numerosos que el de los amigos.

Al gran grupo se accede sin permiso. No «quedan», simplemente «se encuentran» (en su peculiar argot «se acoplan»). Puede constar inicialmente de 5 ó 6 componentes, pero en el curso de una tarde puede alcanzar la cifra de 12 ó 15 adolescentes, a medida que se van incorporando nuevos miembros.

La flexibilidad y la apertura son sus características principales. En estos grupos no hay líderes, porque se forman con la misma espontaneidad con la que se deshacen, se fusionan o se dividen. No hay un «hasta mañana», sino un «hasta la vista».

Quienes conforman el gran grupo mantienen hábitos y creencias muy diversas. Su único punto en común es la **diversión**, pasar el rato o «matar el tiempo». Entre los 12 y los 14 años se limitan a pasear, «estar» o «dar una vuelta». Más tarde el objetivo básico de estar juntos, encontrarse y pasarlo bien, se combinará con otras finalidades y con conductas más complejas (como pasa con el tan traído y llevado «botellón»).

Para nosotros, las diferencias entre los diversos colectivos pueden llegar a resultar incomprensibles.

Sin embargo, si hacemos un esfuerzo por comprenderles, nos daremos cuenta de que **la diferencia reside en la intensidad de las relaciones:** más potente entre los íntimos, más superficial en el gran grupo.

— *Paloma, hija ¿por qué no sales esta tarde con tus amigas?*

— *Porque no está nadie. Además, ¿por qué hablas en femenino... "amigas"? También hay chicos.*

— *¿No queda nadie? ¿Han salido TODOS este fin de semana?*

— *Todos menos Lucas, que está estudiando y Marta, que está con su chico.*

— *Entonces ¿qué vas a hacer?*

— *No sé. A lo mejor salgo a dar una vuelta a ver qué hace "la peña".*

— *Pero... ¿no habían salido todos? No te entiendo.*

— *Está claro que no lo entiendes.*

EL ENTORNO ACADÉMICO

Es una realidad social con significado personal muy distinto al de años atrás: o es un marco competitivo para algunos de nuestros hijos —los menos—, o está tan desacreditado que es considerado como un mero, aunque penoso, trámite; al menos en los meses en los que los exámenes «quedan lejos» (para muchos «lejos» pueden ser dos semanas).

—Luis ¿qué has hecho hoy?

— ¡Hoy? Nada de nada. Merendar y «darle al chat» [conversar por Internet].

— Pero habrás ido a clase ¿no?

— ¡Ah! Claro.

— Como dices que no has hecho nada...

— Eso, nada.

Lo que merece nuestra atención del entorno escolar es que puede resultar muy positivo e integrador para nuestro hijo o hija. Pero también el caldo de cultivo de actitudes problemáticas. Por otra parte, es muy habitual que el adolescente tenga dos grupos de amigos, el del «insti» (instituto) y «los otros».

En sí no es mala esta dualidad, pero hay que conocerla y tenerla en cuenta.



PROBEMOS A

Establecer contacto periódico con el tutor de nuestro hijo. En las entrevistas no nos fijamos sólo a aspectos académicos o su comportamiento en clase; profundicemos en la vida «social escolar» de nuestro hijo: si tiene uno o varios grupos de amigos o está solo, si se muestra tímido o es espontáneo y abierto).

El contacto frecuente con el profesor nos proporcionará valiosa información sobre «la otra vida» (la escolar) de nuestros hijos.

EL HOGAR

También las cosas están cambiando en el hogar: concedemos a nuestros hijos adolescentes un mayor nivel de autonomía y les damos más margen de maniobra para planificar sus actividades (sean obligaciones o de ocio).

Nosotros, los padres, dejamos de ser ídolos, referentes y guías que les proporcionamos compañía, acogida y seguridad. No es que nos «den de lado», sino que otras personas son para ellos mucho más atractivas que nosotros. No hemos de molestarnos por ello, porque es un fenómeno evolutivo. Sentir tristeza sería caer en el llamado **síndrome del nido vacío** (la nostalgia que invade al adulto cuando sus hijos empiezan a levantar el vuelo).

El deseo de independencia adolescente les puede conducir a un fenómeno habitual en estas edades: el dormitorio como «santuario» al que nadie tiene acceso sin su permiso. Sin duda, cierto nivel de intimidad es conveniente y necesario (ellos **marcan su territorio**) pero sin llegar a ningún extremo.

Analicemos una cuestión peculiar: **¿cerrojo sí o no?; ¿pestillo sí o no?** Por más que nuestro hijo exclame con vehemencia: «¿Quién te ha dado permiso para entrar?... **este es mi cuarto**», debemos reflexionar con él que ciertamente es su cuarto, pero nosotros tenemos derecho de acceso, no de invasión, le guste o no, porque forma parte de nuestra responsabilidad. No es «cotilleo», sino supervisión.

Lo que en ningún caso parece acertado es permitirle que ponga un cerrojo por fuera, algunos con candado incluido, de forma que no podamos acceder a su dormitorio en su ausencia. **Es un privilegio de adultos, no de adolescentes.**

— *¿Qué haces en mi cuarto? ¡Márchate!*

— *En absoluto.*

— *¿Qué haces aquí?*

— *Comprobar que estás bien.*

— *Pues llama antes a la puerta.*

— *Lo he hecho.*

— *Mejor hazme una "perdida" [llamada de móvil] antes.*

— *Ni hablar. ¿O es que tienes algo que ocultar?*

— *No.*

— *Entonces no hay ningún problema.*



En ocasiones algunos adolescentes esconden en su cuarto objetos que delatan **hábitos de riesgo** (tabaco, alcohol, útiles para fabricación de porros). De hecho, la mayoría de los menores, cuando son sorprendidos por sus padres con alguno de estos objetos, suelen alegar que «son de un amigo, se lo estoy guardando»; lo cual, si fuera cierto, malo; si no, peor, porque es suyo y miente.



SUGERENCIA

Procuremos que, salvo el cuarto de baño y, en su caso, nuestro dormitorio, las demás habitaciones del hogar no tengan pestillos.

Para que se respete la intimidad de todos, establezcamos la norma de llamar a la puerta antes de entrar en algún dormitorio. Asimismo prohibamos que nuestros otros hijos entren en la habitación de sus hermanos en su ausencia.

En cualquier caso debemos, en la medida de lo posible, **respetar su intimidad** lo máximo posible dentro de lo razonable. En realidad, su dormitorio es quizá el **único espacio privado** que tengan para llorar a solas, imitar a sus nuevos ídolos o soñar despiertos.

Con todo, nuestros hijos, pese a nuestros esfuerzos y buena voluntad, se sienten inseguros, existencialmente solos y **vulnerables**. De ahí la

frecuencia con la que escuchamos el siguiente lamento: «¡**Nadie me comprende!**»

En ocasiones su sentido trágico de la vida, sus emociones a flor de piel y sus súbitos arrebatos de infinita e inconsolable tristeza les generan ansiedad, **deseos de huir** sin saber dónde y verdadera angustia vital.

Cuando experimentan estos estados de ánimo **nada les satisface**, ninguna ayuda familiar parece servirles de nada, por lo que nos rechazan sin miramientos, cuando no con sarcasmo. Hemos de recordar que **es normal**; «clínicamente» normal; la enfermedad se llama... adolescencia. Y es transitoria.

¿QUÉ PODEMOS HACER LOS PADRES?

En general la mayoría de los padres «encajamos» bien estos cambios, aunque nos adaptamos a ellos no sin dificultad. Sin embargo, algunos de nosotros reaccionan con recelo, temor, sobreprotección, exceso de control o, figuradamente, «**se despiden**» (darse por vencidos, «tirar la toalla»).

Cualquiera de estos extremos es perjudicial, tanto para la maduración de nuestros hijos como para nuestra propia salud mental. Nuestros hijos necesitan unos **padres con los pies bien asentados en el suelo**, que sepan encauzarlos, guiarlos y limitarlos además de escucharlos y comprenderlos.